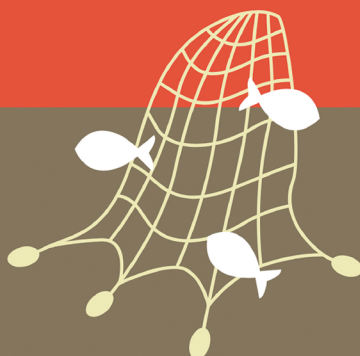


CURSO 2026-27

PROGRAMACIÓN GENERAL



ESPERANZA



FUNDACIÓN DIOCESANA DE ENSEÑANZA
MANUEL SIUROT

Somos Esperanza

PROGRAMACIÓN GENERAL DEL CURSO 2026-27

FUNDACIÓN DIOCESANA DE ENSEÑANZA MANUEL SIUROT



FUNDACIÓN DIOCESANA DE ENSEÑANZA
MANUEL SIUROT

Índice

Presentación1

Contexto eclesial de nuestra misión3

Lema del curso: Somos Esperanza7

Objetivos del curso19

Presentación

Quienes formamos parte de la Fundación Diocesana de Enseñanza Manuel Siurot comenzamos un nuevo curso. Y queremos hacerlo desde la clara conciencia de que es Dios quien guía y conduce la historia y, por ello, también el devenir de nuestra Fundación. A nosotros, como nos recuerda don Manuel Siurot, nos corresponde la hermosa tarea de colaborar con el plan de Dios, abriéndonos a su gracia: «Somos colaboradores de la gracia de Dios para triunfar de estos pecados. Dios pone su gracia, yo pongo mi esfuerzo. Esto es bien claro». Y es que, «no hay maestro de niños pobres, que a los tres meses de trato, no les haya perdido el cariño natural, y por tanto, que para educarlos es necesario el cariño de la gracia».

Así, en un contexto social y cultural en el que se sobrevalora lo que el ser humano puede conseguir con sus solas fuerzas, nosotros anunciamos que somos fuertes en la medida en que nos reconocemos débiles (Cf. 2 Co 12,10). De tal modo que, al reconocer que sin Dios no podemos hacer nada (Cf. Jn 15,5), habilitamos al Poderoso para que haga obras grandes en nosotros, como hizo con María, nuestra Madre del cielo (Cf. Lc 1,49).

Por ello, desde el inicio queremos poner este curso en las manos del Señor, para que sea Él quien nos guíe, nos dé la fuerza y lleve a término esta buena obra (Cf. Flp 1,6), recordando la grandeza del magisterio que estamos llamados a ejercer, que no sólo prepara ciudadanos para esta tierra, sino que, además, forma santos para el cielo, tal y como indicaba un informe de la Comisión Municipal de Inspección de Huelva de inicios del siglo XX: «El Magisterio es un sacerdocio y siempre reclama la vocación necesaria para cumplir con la misión altísima de formar santos para el cielo y ciudadanos para la tierra, atendiendo simultáneamente al desarrollo físico, intelectual, religioso y moral del niño, para que así resulte acabada y completa su educación».

Y, todo ello, de manera muy significativa, en el presente curso, lo vamos a realizar junto al resto de la familia diocesana, con la que vamos a compartir, allá por el mes de junio, una Asamblea Diocesana. Una Asamblea que, como nos indica nuestro Obispo en su carta pastoral, está llamada a ser un tiempo de gracia en el que vamos a tener la

oportunidad de reconocer con gratitud los frutos que el Señor nos ha concedido en los últimos años, revisar las Orientaciones Pastorales Diocesanas 2022-2027, afrontar con sinceridad las dificultades encontradas y discernir, entre todos, las prioridades pastorales que la realidad actual de nuestra diócesis nos está reclamando. Le pedimos al Señor que, desde hoy mismo, todos nos pongamos a la escucha del Señor para reconocer los caminos que Él abre ante nosotros.

Contexto eclesial de nuestra misión

Un año más es necesario detenernos a contemplar el contexto eclesial en el que vamos a desarrollar nuestra actividad educativa durante el presente curso. Al hacerlo, tomamos conciencia de que no estamos solos en la acuciante tarea de educar en los valores del evangelio, sino que lo hacemos como pueblo de Dios bajo la guía de nuestros pastores.

Asamblea Diocesana

Tal y como nos indica nuestro Obispo en la carta pastoral de este año, que lleva por título “Como discípulos misioneros del Señor, caminamos juntos para renovar la misión”, nuestra diócesis tiene como objetivo pastoral fundamental preparar la Asamblea Diocesana que se celebrará los días 5 y 6 de junio de 2027.

En primer lugar, hemos de entender que dicha Asamblea se sitúa dentro del camino sinodal que la Iglesia universal está recorriendo. Recordemos, que el Papa Francisco en octubre del 2021 invitó a toda la Iglesia a comenzar un camino sinodal, para crecer en la comunión, en la participación y en la misión. Un camino que a día de hoy sigue abierto. De tal modo que, el Papa León XIV ha confiado a la Secretaría General del Sínodo la tarea de acompañar a las iglesias particulares, entre las que se encuentran las diócesis, en la recepción y aplicación de las conclusiones del denominado **Documento Final del Sínodo**. Muy resumidamente, podemos decir que en dicho Documento final se nos invita a que el estilo sinodal, que literalmente, significa caminar juntos, impregne progresivamente la vida ordinaria de nuestras comunidades, favoreciendo la cultura de la escucha, el discernimiento, la corresponsabilidad y la participación al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia. Pues bien, este proceso tiene un horizonte bien definido. Concretamente, durante el primer semestre de 2027 se nos exhorta a todas las diócesis a celebrar una Asamblea de evaluación en la

que juntos podamos compartir cómo se está implementando en las diócesis el camino sinodal. Posteriormente, todas las aportaciones serán acogidas por las Conferencias Episcopales y las Asambleas continentales, hasta culminar en la Asamblea eclesial universal prevista para octubre del 2028 en el Vaticano.

Por otro lado, en el presente curso llegan a su término las **Orientaciones Pastorales Diocesanas 2022-27**, a través de las cuales nuestro obispo don Santiago nos ha invitado a fortalecer la responsabilidad misionera, a favorecer auténticos espacios de comunión eclesial, a hacer presente el evangelio en la vida pública y a responder con fidelidad y esperanza a la llamada universal a la santidad que todos hemos recibido.

Pues bien, como explica nuestro obispo en su carta pastoral, la implementación del Sínodo no introduce un programa pastoral paralelo ni añade una nueva tarea a nuestra agenda diocesana. Muy al contrario, constituye una oportunidad providencial para profundizar en el camino que ya venimos recorriendo a través de nuestras Orientaciones Pastorales Diocesanas. Por ello, don Santiago nos invita a que ambos itinerarios confluyan en uno solo, preparándonos para celebrar con gozo la Asamblea Diocesana y a renovar las Orientaciones Pastorales que habrán de orientar la vida de nuestra diócesis en los próximos años.

Un itinerario espiritual

En este sentido es importante que comprendamos que dicha Asamblea está llamada a ser un verdadero acontecimiento espiritual que comienza desde el mismo momento de su preparación, invitándonos a todos a ponernos a la escucha del Señor para que, dejándonos conducir por el Espíritu Santo, renovemos nuestra manera de vivir, de caminar juntos y de anunciar el evangelio.

Teniendo en cuenta este horizonte nuestro Obispo nos propone un itinerario articulado en cuatro verbos que expresan el dinamismo propio de todo discernimiento cristiano: **escuchar, evaluar, discernir y proponer**.

Escuchar

La escucha hace referencia, en primer lugar, a la Palabra de Dios. Antes de establecer un diálogo entre nosotros, necesitamos permanecer en silencio ante el Señor. Por ello, es importante que recordemos que nuestros encuentros deben comenzar siempre poniéndonos todos a la escucha de la Palabra de Dios, ya que sólo ella puede purificar nuestras intenciones, ensanchar nuestro corazón y conducirnos a la verdad plena. Además, la escucha de la Palabra nos dispone siempre a escuchar a los demás y acoger cuanto el Señor tiene que decirnos a través de los hermanos. Finalmente, la actitud de escucha nos hace audaces para reconocer que Dios también habla a través de la historia, descubriendo en ella los desafíos y las llamadas que Dios nos está dirigiendo hoy.

Evaluar

Después de escuchar llega el momento de volver la mirada al camino recorrido para descubrir como el Espíritu Santo nos ha ido guiando y suscitando frutos en medio de nosotros y, también, para tomar conciencia de las dificultades que hemos ido encontrando a la hora de poner en práctica la llamada del Señor.

En este sentido, es importante que comprendamos que evaluar no debe llevarnos a desanimarnos, sino a contemplar nuestra historia con la serenidad que nace de la fe, sin triunfalismo, pero tampoco dejándonos arrastrar por el pesimismo.

Discernir

Escuchar y evaluar serían ejercicios incompletos si no desembocaran en el discernimiento. La Iglesia no escucha únicamente para conocerse mejor ni revisa su historia para analizar el pasado, sino que lo hace para descubrir lo que el Señor le pide en el momento presente. Discernir es, ante todo, un acto de docilidad al Espíritu Santo en medio de la complejidad de la historia. Además, el discernimiento nunca es un acto puramente individual. Aunque cada creyente está llamado a buscar la voluntad de Dios en su propia vida, la Iglesia discierne siempre como comunidad reunida por el Espíritu.

Proponer

El discernimiento alcanza su plenitud cuando se convierte en decisión y compromiso. Así, después de escuchar, de haber revisado el camino recorrido y buscar juntos la voluntad del Señor, llega el momento de señalar las prioridades pastorales que orientarán la vida de nuestra diócesis en general y de nuestra obra educativa en particular durante los próximos años.

La santidad: el alma de toda renovación

Concluye nuestro Obispo su carta pastoral recordándonos algo muy importante: toda reforma auténtica nace de la santidad. Y es que, el Señor no nos llama simplemente a hacer cosas nuevas, sino a ser hombres y mujeres nuevos en Cristo. Por ello, la primera reforma que necesita nuestra diócesis, nuestra Fundación, nuestros colegios, es nuestra propia conversión.

Toda la historia de la Iglesia testimonia que las grandes renovaciones nunca nacieron de estrategias humanas ni de proyectos cuidadosamente diseñados. Surgieron siempre de hombres y mujeres que se dejaron conquistar por Dios, como el es caso de nuestros fundadores san Manuel González y don Manuel Siurot. Los santos no comenzaron transformando las estructuras; comenzaron dejándose transformar por la gracia. Escucharon la voz del Señor, acogieron con docilidad su llamada y, precisamente por ello, reformaron la Iglesia y dejaron una huella imborrable en la historia.

También la implementación del camino sinodal solo dará fruto si permanece constantemente arraigada en la oración y en la vida sacramental. Sin ellas, la Iglesia corre el riesgo de convertirse en una organización eficiente, pero incapaz de transparentar el rostro de Cristo. En cambio, cuando esta vive de la oración y de los sacramentos, descubre que todo procede de la gracia, aprende a escuchar la voz del Espíritu y encuentra la luz necesaria para discernir la voluntad del Padre.

Lema del curso: Somos Esperanza

En el presente curso continuamos con el esquema de los lemas que nos han acompañado desde que en el curso 2023-24 realizáramos la primera Programación General conjunta de la Fundación. Dichos lemas tienen en común que todos ellos comienzan empleando la primera persona del plural del verbo ser. Ahora bien, en el caso del lema de este curso, esta no fue la intención primera. Veamos por qué.

Como en años anteriores, a comienzos de julio nos reunimos el Equipo Directivo de la Fundación, integrado por el director general de la Fundación, el director pedagógico, los directores de los centros y la coordinadora de pastoral. A partir de la evaluación del curso y de las propuestas planteadas por el claustro en la convivencia final, comenzamos a definir el lema y los objetivos del próximo curso.

Al plantear el lema del nuevo curso, acordamos dejar atrás el esquema habitual y explorar nuevas fórmulas. Aunque propusimos varias opciones, ninguna nos convencía. En ese momento de duda, comenzó a resonar entre nosotros la palabra “Esperanza”. Al principio parecía poco adecuada, pues el curso anterior nos habíamos unido a toda la Iglesia para celebrar el Año Jubilar bajo el lema “Peregrinos de la Esperanza”. Sin embargo, la palabra persistía como una llamada interior y parecía armonizar de forma natural con la primera persona del plural del verbo ser. Así surgió el lema actual, más como una luz que se abrió paso entre nuestras resistencias que como una elección deliberada.

El ser está antes que el hacer

Si algo nos recuerda el esquema propuesto por los lemas de la Fundación hasta el día de hoy, es que **el ser está antes que el hacer**. Un ser que no nos hemos dado a nosotros mismos, sino que es un don que hemos recibido de manera gratuita de parte de Dios. Como les recuerda el apóstol san Pablo a los Corintios: «A ver, ¿quién te hace tan importante? ¿Tienes algo que no hayas recibido? Y, si lo has recibido, ¿a qué tanto

orgullo, como si nadie te lo hubiera dado?» (1 Co 4,7) Y así, poco a poco, vamos comprendiendo que todo cuanto hacemos tiene su origen último en Aquél que nos ha dado el ser y nos ha capacitado. Descubrimos que todo es gracia, y que nuestra vida, nuestro hacer, nuestras capacidades son un don recibido que sólo puede agradecerse mediante la entrega generosa de nosotros mismos.

Ello nos libera de una tentación muy extendida en nuestro mundo: la **autosuficiencia**. Una autosuficiencia que se muestra en dos actitudes contra las que estamos llamados a luchar cada día: la **mentalidad prometeica** y el **neopelagianismo**. Veamos en qué consisten cada una de ellas.

Con respecto a la **mentalidad prometeica**, recordemos que Prometeo en la mitología griega fue un demiurgo que escaló hasta el Olimpo para robarle el fuego a los dioses. Este representa la capacidad del ser humano para transformar su destino a través del conocimiento, la técnica y la rebelión contra el orden establecido. Y así, cuando el ser humano adopta una postura puramente prometeica, el mundo deja de ser un regalo que se acoge y respeta, y pasa a ser una materia prima que se debe dominar, explotar y corregir. La mentalidad prometeica se convierte en un obstáculo frente a la vida concebida como "don recibido" al transformar la existencia en un proyecto de conquista en lugar de un misterio de gratitud. El ser humano cree que todo lo que tiene o logra es fruto exclusivo de su técnica, su inteligencia y su esfuerzo. Al endiosar su propia capacidad, se vuelve incapaz de dar las gracias, pues siente que no le debe nada a Dios, ni a las generaciones pasadas, ni a nadie.

Por su parte, el **neopelagianismo**, al que de manera recurrente hiciera referencia el Papa Francisco, es una actitud que hunde sus raíces en los postulados de un monje y asceta británico del siglo V llamado Pelagio, que defendía el libre albedrío radical humano. Su doctrina, el pelagianismo, afirmaba que el ser humano nace libre de pecado original, posee una naturaleza fundamentalmente buena y es plenamente capaz de alcanzar la salvación y la perfección moral por sus propias fuerzas y méritos, sin necesidad de la gracia divina o el auxilio sobrenatural. De ahí se comprende que el neopelagianismo asuma que la naturaleza humana es completamente autónoma y fuerte en sí misma, minimizando el impacto del pecado original en cada uno de nosotros. Representa una

forma de autosuficiencia espiritual y moral que nos impide ver la vida como don porque nos encierra en la ilusión de que no necesitamos ser rescatados, perdonados o sostenidos por nadie exterior a nosotros mismos. Y es que, para acoger la vida como don, primero se debe reconocer la propia indigencia; es decir, admitir que somos seres necesitados de cuidado, de una comunidad y de perdón. De hecho, la única forma de participar verdaderamente en los dones más profundos de la existencia es desarmando el ego. Quien se cree autosuficiente no puede pedir ayuda ni dejarse abrazar, pues la necesidad del otro se vive como humillación y no como puente hacia la comunión.

En definitiva, tanto la mentalidad prometeica como el neopelagianismo brotan de la misma raíz: el miedo a no tener el control absoluto y el rechazo a ser deudores de alguien. Al no aceptar que somos radicalmente dependientes del amor que nos precede, ambas actitudes nos condenan a la soledad de bastarnos a nosotros mismos, impidiéndonos acoger la alegría de vivir la existencia como un constante y agradecido regalo.

La Esperanza cristiana

Una vez que nos hemos parado a reflexionar sobre el sentido del “somos” en nuestro lema, llega el momento de detenernos a explicar el significado de la “Esperanza”. Y, para ello, abordaremos distintos aspectos que nos ayudarán a precisar a qué nos referimos.

Las virtudes teologales

En primer lugar, es importante que entendamos que la Esperanza, junto con la Fe y la Caridad, forma parte de las denominadas virtudes teologales. Dichas virtudes son hábitos sobrenaturales infundidos por Dios en el alma del cristiano (ordinariamente en el Bautismo) que lo orientan de modo inmediato a Dios como fin último. Tienen como origen, motivo y objeto a Dios Uno y Trino. A diferencia de las virtudes humanas o cardinales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza), que se adquieren principalmente por el esfuerzo y la repetición de actos, las teologales son un don de la gracia que adapta las facultades del hombre a la participación en la naturaleza divina.

Según el Catecismo de la Iglesia Católica ellas «fundan, animan y caracterizan el obrar moral del cristiano. Informan y vivifican todas las virtudes morales. Son infundidas por Dios en el alma de los fieles para hacerlos capaces de obrar como hijos suyos y merecer la vida eterna. Son la garantía de la presencia y la acción del Espíritu Santo en las facultades del ser humano» (CIC 1813). Disponen a vivir en relación con la Santísima Trinidad.

La Esperanza como virtud teologal

Centrándonos de manera particular en la Esperanza podemos decir que es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como nuestra felicidad, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras propias fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo (Cf. CIC 1817).

No se trata de un mero optimismo humano, de una vana ilusión o de una simple espera de que “todo saldrá bien”. Es una respuesta sobrenatural al anhelo de felicidad que Dios ha puesto en el corazón humano. La esperanza asume, purifica y eleva las expectativas terrenas, orientándolas al Reino; protege del desaliento, sostiene en las pruebas y dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna (Cf. CIC 1818). Se apoya en la fidelidad de Dios a sus promesas, especialmente en la muerte y resurrección de Cristo.

Relación con las otras virtudes teologales

Las virtudes teologales no actúan de forma aislada; dependen directamente unas de otras en un dinamismo perfecto. De tal modo que, podemos afirmar que **la fe engendra la esperanza**. Y es que, no se puede esperar aquello que no se conoce o en lo que no se cree. La fe presenta las promesas de Dios, y la esperanza se apoya en ellas para mirar al futuro. Por otro lado, **la esperanza sostiene a la caridad**. Amar a Dios y sacrificarse por el prójimo en un mundo difícil exige una recompensa futura. La esperanza de la vida eterna da las fuerzas necesarias para vivir en el amor cada día. Finalmente, es importante tomar conciencia de como **la caridad da vida a la fe y a la esperanza**. A este respecto, san Pablo afirma que una fe sin amor no es verdadera fe: «Si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada» (1 Co 13,2).

También nos recuerda el apóstol Santiago que una fe sin obras es una fe muerta (cf. Sant 2,17). El amor purifica la fe y la esperanza, transformando el deber en una relación viva de afecto filial con Dios.

La Esperanza nos ancla en la vida eterna

La Carta a los Hebreos ofrece una de las imágenes más potentes de la Esperanza cristiana: «Aferrándonos a la esperanza que tenemos delante, la cual es para nosotros como ancla del alma, segura y firme, que penetra más allá del velo, donde entró, como precursor, por nosotros, Jesús, Sumo Sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec» (Hb 6,18-20). Esta metáfora no es un mero adorno. El ancla sujeta el barco en medio de la tempestad e impide que vaya a la deriva, sin rumbo. De igual modo, la Esperanza fija el alma del creyente en una realidad que no se ve todavía, pero que ya es definitiva: la vida eterna, la comunión plena con Dios en el santuario celestial donde Cristo ha entrado como precursor y Sumo Sacerdote eterno.

Esta ancla no se lanza hacia abajo, hacia las circunstancias cambiantes de este mundo, sino hacia arriba, hacia lo que está «más allá del velo». La esperanza cristiana no se sostiene en promesas humanas ni en un optimismo frágil, sino en la fidelidad de Dios, que no puede mentir, y en la obra consumada de Jesús. Por la fe conocemos esa promesa; por la esperanza la deseamos y nos aferramos a ella con confianza. Así, el presente queda firmemente unido al futuro eterno. Las olas del sufrimiento, la duda o la tentación pueden agitar el barco, pero no lo arrancan de su punto de fijación. La vida eterna deja de ser un horizonte lejano e incierto para convertirse en el fundamento estable de la existencia cotidiana.

La Esperanza y el compromiso cristiano

Por eso la Esperanza no paraliza ni invita a la huida. Al anclarnos en la eternidad, esta nos da la fuerza para vivir el aquí y ahora con perseverancia. Es más, la Esperanza se apoya en la certeza del amor de Dios ya derramado en nosotros (Cf. Rm 5,5) dando sentido al compromiso diario y llenando, incluso, nuestro corazón de profunda alegría. Y es que, solo sostenidos por la Esperanza podremos afrontar con firmeza las dificultades que exige el compromiso cristiano. Como nos dice el apóstol

san Pablo en la carta a los Romanos: «Que la esperanza os tenga alegres; manteneos firmes en la tribulación, sed asiduos en la oración» (Rm 12,12).

Asimismo, la Esperanza de «unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia» (2 Pe 3,13) orienta y purifica las acciones de hoy. Impulsa a vivir ya de acuerdo con esa justicia venidera, a promover la paz, la solidaridad y el bien, acelerando, de algún modo, la venida del Reino mediante una conducta santa y comprometida. La Esperanza escatológica se convierte así en criterio y motor del presente.

En esta misma línea la Constitución del Concilio Vaticano II "Gaudium et spes" nos exhorta a «avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios.» (GS 39).

Nuestro mundo está necesitado de Esperanza

Una vez que hemos desarrollado la explicación del lema, nos podemos preguntar si nuestro mundo, nuestros alumnos, nuestras familias y nosotros mismos estamos necesitados de Esperanza. Dediquemos un tiempo a reflexionar sobre esta cuestión.

Como ya hemos podido comprender al profundizar en el sentido de la Esperanza cristiana, dicha virtud teologal nos ofrece la certeza de que lo que está por venir es mucho mejor que lo que tenemos ahora. En gran medida, esta es la enseñanza que quiere transmitirnos Jesús por medio de las bienaventuranzas (cf. Mt 5,1-12). En ellas nos pone en guardia frente al espejismo de creer que la plenitud de nuestra existencia se alcanza aferrándonos a los bienes de este mundo. Es más, sólo quien vive en la confianza de saber que hay algo más, podrá pregonar aquí y ahora una felicidad mucho más plena. El problema radica, como nos explica Juan Luis Ruiz de la Peña, en que cuando se desvanece la Esperanza, dejamos de concebir a Dios como un Padre bueno y surge la premura angustiosa por los bienes de la tierra (Cf. "Imagen de Dios: Antropología teológica fundamental", 1988, p. 17).

Pues bien, si algo define al hombre contemporáneo es su avidez por los bienes de este mundo. Este no puede dejar de consumir, desde todo tipo de productos a experiencias, placeres, información, viajes, vídeos con scroll infinito, etc.; haciéndose dependiente del sistema de recompensa cerebral, donde la dopamina juega un papel muy importante. Ahora bien, el problema no está en el sistema de recompensa de nuestro cerebro, sino en la búsqueda compulsiva de dicha recompensa. Al perder la Esperanza de lo que está por venir, de lo definitivo, el ser humano queda sometido a la dictadura del vacío que lo arrastra y lo empuja al reino de la inmediatez. Cuando estamos colocados al borde de la nada, con nuestra vida irrevocablemente incierta, el placer se convierte en un poderoso consuelo.

De esto nos previene, precisamente, Jesús cuando afronta la primera tentación, la que conocemos como la tentación del pan. En ella, el Señor nos enseña que «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». (Mt 4,4; Dt 8,3) Jesús reconoce que el ser humano tiene necesidad de pan, pero, al mismo tiempo, nos recuerda que es mucho más importante alimentar nuestro espíritu. Cristo nos muestra que el ser humano no vive para alimentarse, sino que se alimenta para vivir. Jesús no rechaza la comida, sino que nos invita a optar por un alimento mejor. Y es aquí donde la Esperanza, como ya hemos visto, puede ayudarnos a posponer la recompensa inmediata, al asegurarnos que lo mejor está aún por llegar; que lo verdaderamente valioso implica siempre un tiempo de espera. Y es evidente que solo espera quien tiene la certeza de que recibirá. Ciertamente el ser humano está sometido a ciertas necesidades materiales. Sin embargo, para alcanzar su propia libertad ha de aprender a distanciarse de ellas, y, sobre todo, a optar por aquellos valores que hacen plena su existencia.

También debemos comprender que la gratificación inmediata del pan puede alejarnos de la realidad a menudo incómoda y ofrecernos un refugio momentáneo de placer. Al reconocer este mecanismo, advertimos que su coste es demasiado alto. Como nos explica Fabio Rosini «mientras que el glotón huye de la realidad y se hace esclavo, el que combate contra la tentación permanece en la realidad, por muy amarga que sea, porque ese es el camino, el único real, por el que se puede entrar en algo más auténtico que lo que la tentación le está ofreciendo» ("El arte del buen combate", 2023, p. 116)

También nosotros como educadores, sabemos que la verdadera libertad no se alcanza cuando nos dejamos llevar por nuestros apetitos, sino que implica ejercitar el dominio de sí. Ahora bien, aquí no nos estamos refiriendo al dominio de sí promulgado por la filosofía griega. A este respecto es importante exponer que hay una diferencia sustancial entre la enkrateia estoica y el dominio de sí en sentido cristiano. La primera depende exclusivamente de la voluntad humana y la razón, mientras que el dominio de sí cristiano es un don divino que requiere la gracia de Dios. Jesús nos enseña que para no quedar esclavizados por nuestros apetitos, hemos de aspirar a los bienes de arriba (Cf. Col 3,1-15). En este sentido, podemos decir que la Esperanza cristiana es el motor y el sustento del dominio de sí, ya que le da un sentido eterno al esfuerzo presente. Mientras que el estoico se domina por el deber de la razón, el cristiano lo hace movido por la promesa de la vida eterna y la ayuda divina. En definitiva, si el dominio de sí es el freno que controla los impulsos desordenados, la Esperanza es el combustible que mantiene al alma en movimiento hacia Dios, recordándole constantemente que la meta final supera cualquier renuncia temporal (Cf. Rm 8,18). Por ello, sin dicha Esperanza, el dominio de sí no deja de ser un mero ejercicio de fortalecimiento de la voluntad, incapaz de dotar de un sentido pleno y último a dicho esfuerzo. Y, sin ello, no es raro que, tarde o temprano, acabe imponiéndose la premura angustiosa por los bienes de la tierra.

Y, llegados a este punto, es momento de regresar a la cuestión que abría este apartado, donde nos planteábamos si nuestro mundo y nosotros mismos estamos necesitados de Esperanza. Confiamos en que ahora estemos en disposición de comprender mejor como sin ésta, difícilmente podremos desarrollar una verdadera educación en valores. Precisamente, hoy se habla mucho de educar en valores, en cambio, no se tiene en cuenta que el valor supone la renuncia de lo inmediato porque se decide optar por algo mejor. Por ello, sin una verdadera Esperanza, el valor queda desprovisto del sustrato que lo hace posible. Sin Esperanza, sin un cielo y una tierra nuevas, la educación difícilmente podrá ayudar a nuestros niños y jóvenes a deshacerse de la tiranía de la inmediatez, que lejos de hacerlos libres y felices, termina condenándolos a vivir bajo su pesado yugo.

Consecuencias de la falta de Esperanza

Si en el apartado anterior hemos visto como la Esperanza cristiana es un aliado imprescindible en nuestra labor educativa, en este epígrafe vamos a detenernos a considerar algunas de las consecuencias más preocupantes de la falta de Esperanza. Y, al hacerlo, partiremos de una premisa según la cual todas y cada una de las consecuencias de la falta de Esperanza tienen una raíz común: la presencia y expansión de la denominada **cultura de la muerte**. Este concepto fue acuñado y desarrollado profundamente por el Papa Juan Pablo II en su encíclica "Evangelium Vitae" (1995), donde conectó de forma directa el eclipse de Dios y de la Esperanza con el desprecio por la vida humana. Dicho de otro modo, al desaparecer la confianza en la vida eterna y en un Dios providente, el valor de la vida humana se relativiza y se reduce a criterios puramente utilitaristas.

De manera más concreta podemos reconocer el vínculo entre la pérdida de Esperanza y la cultura de la muerte en los siguientes aspectos:

- **La pérdida del sentido del sufrimiento:** La Esperanza cristiana da sentido al dolor al asociarlo a la Redención. Sin ella, el sufrimiento se vuelve absurdo, lo que empuja a la sociedad a buscar la eliminación del sufriente mediante la eutanasia o el suicidio asistido en lugar de su procurar su acompañamiento.
- **El eclipse del valor absoluto de la vida:** Al perder la Esperanza en un destino divino, la vida deja de verse como un don sagrado e inviolable de Dios, pasando a ser una propiedad individual de la que se puede disponer libremente.
- **El auge del utilitarismo y el hedonismo:** Sin la expectativa de la felicidad eterna el fin supremo del hombre se reduce al placer inmediato. Las vidas que no son "productivas" o capaces de disfrutar se consideran cargas descartables bajo la premisa nihilista ya anunciada por el profeta Isaías: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos» (Is 22,13).
- **La deificación de la autonomía humana:** Al faltar la confianza en la providencia divina, el ser humano busca el control absoluto sobre el inicio y el fin de la vida, suplantando el papel del Creador.

En cuanto a las consecuencias que se derivan de dicha cultura de la muerte son conocidas por todos:

- **Legalización y normalización del aborto:** El no nacido deja de ser visto como una persona con un alma destinada a la eternidad y pasa a ser evaluado según el bienestar de los padres.
- **Promoción de la eutanasia:** Ante el miedo a la decrepitud y la falta de un horizonte tras la muerte, se impone la idea de que hay “vidas que no merecen ser vividas”.
- **Crisis existencial y de suicidios:** La falta de una Esperanza trascendente deja un vacío que los bienes materiales no pueden llenar, lo que desborda en desesperación existencial.

Una reflexión particular merece la relación entre la falta de Esperanza y la situación por la que está atravesando la **institución familiar**. Es evidente la progresiva desafección de los más jóvenes hacia el matrimonio. El vínculo familiar ha dejado de verse como una vocación indisoluble y se transforma en un contrato emocional utilitarista, propenso a la ruptura inmediata cuando surgen las dificultades. En este sentido, consideramos que la falta de una meta trascendente es uno de los factores que explica este colapso. De este modo, ante la falta de Esperanza entre los más jóvenes se ha ido generando un individualismo defensivo que prioriza la autorrealización material y el consumo, perdiendo el deseo de embarcarse en el “riesgo” de un proyecto familiar. Las consecuencias de todo ello no son menores:

- **Crisis profunda y desarticulación de la familia:** Asistimos a un aumento exponencial de rupturas matrimoniales que atomizan la sociedad. La familia pierde su identidad como transmisora de la fe y de la vida, dejando a las nuevas generaciones desamparadas y con una profunda orfandad espiritual y existencial.
- **El invierno demográfico y la renuncia a la paternidad:** Se consolida la dolorosa convicción de que “no hay nada valioso que transmitir”, lo que se traduce en una escasa natalidad histórica en los países más desarrollados. Traer hijos al mundo deja de ser un acto de fe y esperanza para percibirse como una irresponsabilidad.

- La caída de los enlaces matrimoniales y de la vida de pareja estable: Se produce un desplome histórico en el número de matrimonios y en la tasa de nupcialidad, junto con un fuerte retraso en la edad de casarse y un aumento de la soltería. El matrimonio deja de ser el horizonte natural y se convierte en una opción minoritaria y postergada, sustituida por relaciones pasajeras y sin compromiso de futuro.

No perdamos la Esperanza

Cuanto acabamos de exponer, paradójicamente, podría llevarnos a perder la Esperanza. En cambio, como ya hemos dicho, la Esperanza no se basa ni en los datos, ni tampoco en un falso optimismo, sino en la certeza de saber que es Dios quien conduce la historia hacia su liberación definitiva. El fundamento de la Esperanza cristiana está en Cristo muerto y resucitado. Y así, la virtud teologal de la Esperanza, frente a todo pronóstico, se convierte en luz que nos asegura que no vamos a naufragar, que la victoria es de Cristo, del bien, de la vida, de la verdad. Por ello, no hemos de desesperar porque, como nos recuerda el apóstol «la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5,5).

Somos esperanza y estamos llamados a encarnarla en un mundo que la ha perdido o donde, al menos, parece haberse debilitado. Ciertamente, los acontecimientos que estamos viviendo no nos ayudan. Pero nosotros sabemos de quien nos hemos fiado, como le recuerda el apóstol san Pablo a su discípulo Timoteo (Cf. 2 Tim 1,12).

La educación cristiana, signo de Esperanza

Dar Esperanza es, precisamente, una de las tareas más importantes que tenemos como educadores cristianos. Como recuerda la declaración conciliar “Gravissimum educationis” en su número 2, todos los cristianos estamos llamados a promover, mediante la educación cristiana, la Esperanza que nace de la fe y la transformación cristiana del mundo. De este modo, los valores propios de la naturaleza humana son comprendidos y elevados desde una visión integral del ser humano redimido por Cristo, contribuyendo al bien de toda la sociedad.

También, el Papa León, en su carta apostólica "Diseñar nuevos mapas de esperanza" (2025), publicada con motivo del 60º aniversario de "Gravissimum educationis", nos recuerda que «Educar es un acto de esperanza y una pasión que se renueva porque manifiesta la promesa que vemos en el futuro de la humanidad. La especificidad, la profundidad y la amplitud de la acción educativa es esa obra, tan misteriosa como real, de "hacer florecer el ser [...] es cuidar el alma", como se lee en la Apología de Sócrates de Platón (30a-b). Es un oficio de promesas: se promete tiempo, confianza, competencia; se promete justicia y misericordia, se promete el valor de la verdad y el bálsamo del consuelo. Educar es una tarea de amor que se transmite de generación en generación, remendando el tejido desgarrado de las relaciones y devolviendo a las palabras el peso de la promesa» (n. 3.2).

Por lo tanto, la labor esencial del educador cristiano consiste en ser un artesano de esa Esperanza y un custodio de las promesas entregadas a cada alumno. Su misión no se limita a la transmisión de conocimientos académicos ni a una simple instrucción moral, sino que radica en acompañar al estudiante en el descubrimiento de su propia dignidad e identidad como ser redimido. Al asumir este "oficio de promesas", el educador se convierte en un puente vivo que une las virtudes naturales con la luz de la fe, sanando los vínculos heridos de nuestro entorno y guiando a las nuevas generaciones para que, desde el amor y la justicia, se comprometan activamente en la transformación y renovación del mundo.

Objetivos del curso

Es momento de concretar el lema en una serie de objetivos que orienten nuestro camino durante este curso. Además, para poner en práctica dichos objetivos, proponemos una serie de actividades adaptadas a los distintos grupos que componen nuestra comunidad educativa: profesorado-PAS, alumnado y familias .

Antes de desarrollar estas ideas, recurriremos a un texto bíblico que ayude a contextualizar lo que sigue.

El camino de Emaús

«Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: “¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?”. Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: “¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?”. Él les dijo: “¿Qué?”. Ellos le contestaron: “Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron”. Entonces él les dijo: “¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?”. Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo:

“Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída”. Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”. Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: “Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón”. Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan». (Lucas 24,13-35)

Pasar de la desesperanza a la Esperanza

El pasaje de Emaús muestra cómo dos discípulos pasan de la desesperanza a la Esperanza guiados por un único protagonista: Cristo resucitado. En este camino, el Señor emplea una pedagogía que inspirará nuestro trabajo durante el presente curso.

El problema de las falsas expectativas

No obstante, antes de detenernos en el proceso que lleva a cabo el Resucitado con los discípulos de Emaús, vamos a fijarnos en los motivos que llevaron a dichos discípulos estar desesperanzados. Estos, como la inmensa mayoría de los seguidores de Jesús tenían una serie de expectativas puestas en Él. Como ellos mismos confiesan, esperaban que Jesús liberara al pueblo de Israel del yugo de la opresión romana. Creían estar siguiendo a un Mesías liberador, en cambio, marchan profundamente decepcionados de Jerusalén al contemplar su muerte ignominiosa. Y, todo ello, a pesar de que el Señor les había anunciado, en repetidas ocasiones, el modo cómo había de realizar el proyecto liberador que el Padre le había encomendado y que iba a consumir entregando su vida para recuperarla de nuevo (Cf. Mt 16,21; 17,22-23; 20,17-19); que el Mesías necesariamente debía de sufrir tal y como recogen las mismas Escrituras (Cf. Lc 24,26). Igualmente, habían recibido el testimonio de las mujeres y de algunos de los suyos que afirmaban que Jesús había resucitado (Cf. Lc 24,22-24)

De ello se desprende que las falsas expectativas sumieron a aquellos discípulos en una profunda desesperanza. Aunque sus inquietudes eran

legítimas, estaban tan centrados en su propio drama que no lograban ver más allá. Habían confiado en cálculos humanos sin comprender verdaderamente el proyecto de Dios. Por eso no advirtieron que su salvación se realizaba de forma admirable: no solo liberaría a Israel, sino que, por su carácter sobreabundante, alcanzaría a toda la humanidad.

Al examinar la desesperanza de estos dos discípulos, descubrimos el peso que tienen en nuestra vida las expectativas personales. De tal modo que, cuando nos encerramos en nuestras necesidades, miedos y sufrimientos, en vez de abrirnos a la bienaventuranza, alimentamos nuestra propia desesperación. De ahí la enseñanza del Señor: quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien la pierda la encontrará (Cf. Mt 16,25). En este sentido, la santa indiferencia¹ de san Ignacio de Loyola es una actitud espiritual que nos ayuda a desprendernos de las expectativas que pueden conducirnos a la desesperanza.

La pedagogía de Jesús

Si hasta ahora nos hemos detenido a analizar las causas de la desesperanza, a continuación vamos a ver cómo Jesús ayuda a estos dos discípulos a pasar de la desesperación a la Esperanza gozosa. Para ello, el Resucitado va a conjugar estos cuatro verbos: escuchar, acompañar, servir y celebrar.

¹ La santa indiferencia de San Ignacio de Loyola es la actitud espiritual de total libertad interior frente a las cosas creadas, con el único fin de elegir lo que más conduce a la gloria de Dios y a la salvación propia. San Ignacio formula este concepto en el texto del "Principio y Fundamento", que es la base de sus Ejercicios Espirituales (en el número 23 del libro). Él lo escribe con las siguientes palabras textuales (adaptadas al castellano moderno para facilitar su lectura): «Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido; de suerte que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados.»

Escuchar

Para iniciar este proceso, que lleva a recuperar la alegría y la Esperanza, el Resucitado no recurre a la corrección inmediata ni al discurso magistral. Como buen Maestro, Jesús comienza preguntando: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?» (Lc 24,17). Él ya conoce sus respuestas y sus desilusiones, pero sabe que, para vaciar el corazón de falsas expectativas y amarguras, primero es necesario permitir que el otro ponga en palabras su propio dolor. Jesús practica una escucha activa, paciente y profundamente respetuosa que devuelve la dignidad a los caminantes.

En nuestra labor docente, la escucha es el primer acto de amor pedagógico. A menudo, entramos en el aula cargados de programaciones, contenidos y objetivos que cumplir, proyectando sobre nuestros alumnos nuestras propias expectativas. Sin embargo, la pedagogía de Jesús nos invita a detenernos y saber escuchar incluso los silencios, los malos modos o el desinterés de ese alumno que, tal vez, arrastra en su mochila una profunda desesperanza familiar o personal. La escucha nos ayuda a despojarnos del juicio rápido y del rol de evaluadores para convertirnos en tierra que acoge. Solo cuando el alumno se siente verdaderamente escuchado, sin temor a ser juzgado, se puede habilitar un espacio sagrado para que la gracia de Dios actúe con todo su poder transformador.

Acompañar

Otro aspecto que forma parte del proceso restaurador, es que Jesús se pone a caminar con ellos (Cf. Lc 24,15). Jesús no les pide que regresen a Jerusalén para atenderlos, ni los guía desde la distancia de su condición gloriosa. El Resucitado se adapta al paso lento, torpe y errante de quienes caminan en la dirección equivocada. Acompañar, en la pedagogía de Cristo, significa asumir el ritmo del otro, compartir su geografía existencial y sostener su crisis sin forzar los tiempos.

Como maestros cristianos, estamos llamados a ser compañeros de camino, no meros profesores que van de paso. Acompañar en el entorno educativo nos exige salir de la comodidad de nuestra mesa de profesor y de nuestras certezas para adentrarnos en el aula con una actitud de “presencia encarnada”. Significa caminar al lado del alumno que progresa

adecuadamente, pero, de manera muy especial, al lado de aquel que retrocede o camina desorientado por el laberinto de la adolescencia o la infancia herida. Este acompañamiento requiere la “santa indiferencia” ignaciana antes referida, desprendiéndonos de la necesidad inmediata de resultados según nuestros cálculos humanos, para aprender a descubrir y valorar los pequeños brotes de vida que el Señor va sembrando en cada estudiante a su propio tiempo.

Servir

El tercer verbo que Jesús conjuga es el del servicio; un servicio que se articula en varias fases. La primera de ellas, implica la paciente explicación de las Escrituras hasta que logran entender. Y es que, la verdadera Esperanza está grabada en el corazón de cada ser humano y ha sido revelada en la Palabra de Dios. El problema radica en que nuestra capacidad para reconocer la verdad ha sido entenebrecida por el pecado. Por ello, Jesús no desespera hasta lograr que sus corazones ardan al calor de la Palabra.

Luego, en un segundo momento, al llegar a la posada, Jesús acepta su invitación y se abaja a la condición de huésped. No solo les ha acompañado en el camino explicándoles las Escrituras sino que, además ahora al entrar en su casa, les está mostrando que está dispuesto a compartir con ellos su vida. Para ello, hay que entender que según la mentalidad semítica aceptar la invitación para entrar en casa de alguien y sentarse a la mesa no es un simple gesto social o de cortesía. Es un acontecimiento sagrado de alianza, protección y comunión vital profunda.

Finalmente, llega el momento más fascinante de servicio. Jesús no solamente se sienta a la mesa con ellos, sino que, además, ocupa el lugar de quien sirve. Los discípulos lo invitan como a un forastero, lo que les obligaba a actuar como anfitriones y protegerlo. Sin embargo, una vez dentro, Jesús toma la iniciativa: «Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando» (Lc 24,30). Al hacer esto, Jesús asume el rol del cabeza de familia o anfitrión. No solo acepta compartir la vida de ellos, sino que los introduce a ellos en Su propia vida divina. Y así, Jesús se pone a su servicio mostrándoles, mediante su entrega total, cuál es el verdadero sentido de la historia que

han vivido, haciéndoles comprender que lo que ellos consideraban como el mayor de los fracasos era, en realidad, el lugar donde Dios había preparado, desde toda la eternidad, su plan de salvación para toda la humanidad.

Pues bien, nuestra vocación docente es, por excelencia, un ministerio de servicio que no se limita a transmitir conocimientos académicos, sino a ofrecer a nuestros alumnos aquellas claves conceptuales, emocionales y espirituales que les puedan ayudar a interpretar el mundo y sus propias vidas desde la clave de la verdadera Esperanza. Servimos cuando gastamos nuestro tiempo y preparación en hacer comprensible lo difícil; cuando estamos dispuestos a compartir nuestro tiempo y nuestra vida con los alumnos; cuando hacemos de nuestro magisterio un acto de entrega y de amor. El maestro cristiano no busca ser servido por el prestigio o el aplauso humano; su mayor servicio es desgastar la vida para que cada niño y cada joven descubra el proyecto que Dios tiene para él, convirtiéndose así en un agente de transformación y de auténtica libertad.

Celebrar

El culmen de esta pedagogía divina se produce al calor de la mesa: «Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando» (Lc 24,30). En este gesto marcadamente eucarístico, los ojos de los discípulos se abren y reconocen al Maestro. La desesperanza se disuelve por completo y da paso a una alegría desbordante. Ya no importa el cansancio ni la noche. El encuentro con el Resucitado se convierte en una fiesta comunitaria que los impulsa a regresar corriendo a Jerusalén para anunciar que la Vida ha vencido.

La escuela cristiana debe ser, fundamentalmente, un espacio donde se celebre la Vida y la Fe. No podemos reducir el curso escolar a una sucesión de tareas, exámenes y burocracia. Estamos llamados a propiciar momentos donde podamos celebrar esa Esperanza que no defrauda, especialmente, en la Eucaristía. Ella es la fuente y cumbre de toda la vida cristiana y también de la pedagogía siurotiana. El mismo Siurot nos comenta como encontraba en la comunión eucarística de cada día la fuente de Gracia necesaria para educar con cariño cristiano, especialmente a los niños pobres, y para dominar los propios instintos. Y

así, su veneración al Santísimo Sacramento se convirtió en el motor de toda su obra. También nosotros estamos llamados a acudir a esta fuente y a llevar a ella a nuestros alumnos, ya que en la Eucaristía nuestro magisterio queda transfigurado en sacerdocio llamado a cumplir con la misión altísima de formar santos para el cielo y ciudadanos para la tierra. Asimismo, la participación frecuente en la eucaristía nos recuerda que el centro de nuestro colegio no son los resultados que se pueden medir mediante estadísticas o gráficos, sino la presencia viva de Cristo entre nosotros. Y así, al celebrar en cada misa la Esperanza, enviamos a nuestros alumnos al mundo no como náufragos de falsas expectativas, sino como testigos gozosos de que el Señor camina siempre a nuestro lado.

Objetivo general del curso

Ser una comunidad educativa anclada en la Esperanza que no defrauda (cf. Rm 5,5), que, siguiendo la pedagogía de Jesús en el camino de Emaús, escucha, acompaña, sirve y celebra, para que cada persona —alumno, familia, profesorado y PAS— descubra que Cristo resucitado camina a su lado y se convierta, por la gracia divina, en signo vivo de Esperanza en un mundo herido por la desesperanza.

Con este objetivo se pretende que el “somos” preceda siempre al “hacemos”. No se trata de generar sólo un clima de optimismo humano, sino de dejar que la virtud teologal de la Esperanza, don del Espíritu, informe nuestra identidad de escuela católica, nuestra manera de educar y nuestra aportación a la Asamblea Diocesana. Como recordaba Siurot, «Dios pone su gracia, yo pongo mi esfuerzo». Educar es, en palabras del papa León XIV, un acto de esperanza y un oficio de promesas: tiempo, confianza, verdad y consuelo.

Objetivos educativos

Los **objetivos educativos** tienen como meta ayudarnos a reflejar el objetivo general del curso en el resto de programaciones. Además, como es habitual en cualquier programación, dichos objetivos deben concretarse en un conjunto de **actividades** que, a su vez, vayan acompañadas de una serie de marcadores o **criterios de evaluación** que nos ayuden a corroborar en qué medida se han cumplido dichos objetivos.

Por otro lado, es importante resaltar que los objetivos del curso no sólo deben plasmarse en nuestras respectivas **programaciones de aula**, sino que están llamados a configurar el resto de áreas que componen nuestra tarea educativa: la programación de los **equipos directivos**, de los **equipos de pastoral**, del **departamento de orientación**, la **coordinación de departamentos y de etapas**, los **equipos educativos**, la **acción tutorial**, etc.

Para facilitar su aplicación propondremos una serie de actividades diferenciadas teniendo en cuenta los distintos grupos que conforman nuestra comunidad educativa, es decir, profesorado-PAS, alumnos y familias.

Por último, los objetivos educativos que presentamos a continuación no son compartimentos estancos. Y así, por ejemplo, el primero, escuchar y evaluar, debe mantenerse vivo en mayo y junio; el tercero, celebrar y proponer, puede empezar a germinar ya en el mes de octubre. Tan sólo cambia el énfasis pedagógico en cada trimestre para dar al curso un hilo narrativo. Y así, como en Emaús, se parte de la tristeza, se emprende el camino, se comparte el pan y se corre a anunciar que Cristo está verdaderamente resucitado.

Primer objetivo: Escuchar y evaluar: reconocer nuestras desesperanzas y ponernos a la escucha de la Palabra y de los hermanos

Como los discípulos de Emaús, a menudo caminamos «con aire entristecido» (Lc 24,17) porque nuestras expectativas no coinciden con el modo de actuar de Dios. El primer gesto de Jesús no es corregir, sino

preguntar y escuchar. En este trimestre queremos crear un clima de silencio interior que nos ayude a ponerle nombre a las heridas y las falsas esperanzas, dejando que la Palabra de Dios purifique nuestras intenciones. Es también el momento de evaluar el camino recorrido por la Fundación, los centros y cada uno de nosotros, con la serenidad que nace de la fe, sin triunfalismo, pero tampoco sin dejarnos llevar por el pesimismo.

Propuesta de actividades

Profesorado-PAS

- * Iniciar los claustros, las reuniones de equipo y las tutorías con la lectura de la Palabra de Dios, no como un simple trámite, sino como expresión de nuestra disposición a escuchar lo que el Señor quiera decirnos.
- * Cuidar la oración de la mañana y el Ángelus como escuela de escucha, de silencio y de espera.
- * Visitar el Sagrario, aunque sea un minuto, como gesto de quien se deja interpelar antes de actuar.
- * Llevar a cabo un examen honesto y sincero de las propias desesperanzas: cansancio, individualismo, pérdida de sentido de la vocación, etc.
- * Practicar la escucha activa con alumnos y familias: preguntar antes de diagnosticar; recoger, sin juzgar de inmediato, lo que cada uno trae en la mochila.
- * Participar en las actividades que se propongan desde el Equipo Sinodal Diocesano para este primer trimestre como camino de preparación para la Asamblea Diocesana.
- * ...

Alumnos

- * Aprender a hacer silencio interior, para poder llevar a cabo una escucha activa de uno mismo, de los demás y de Dios.
- * Poner nombre, en tutoría u otros ámbitos, a todo aquello que les quita la Esperanza: miedo al futuro, soledad, presión digital, rupturas familiares, etc.
- * Iniciarse en la lectura orante de la Palabra adecuada a su edad.
- * Descubrir que ser escuchado no es un lujo, sino el primer paso para reconocerse hijo amado de Dios.
- * Reconocer que están llamados a participar de manera activa en la Asamblea Diocesana.
- * ...

Familias

- * Reservar en casa un momento semanal de silencio, oración o lectura breve de la Palabra de Dios.
- * Escuchar a sus hijos sin precipitarse a poner remedio a su tristeza o desánimo.
- * Discernir en familia las propias expectativas sobre los hijos.
- * Identificar aquellos elementos que en estos momentos les están quitando la Esperanza.
- * Participar en las reuniones y celebraciones de inicio de curso no solo como receptores de información, sino como miembros de una comunidad que escucha y se abre a la voluntad de Dios.
- * Ser conscientes de que a nivel diocesano nos estamos preparando para celebrar juntos una Asamblea Diocesana.
- * ...

Segundo objetivo: Acompañar y discernir: caminar juntos, dejar que la Palabra caliente el corazón y descubrir la voluntad de Dios

Jesús «se puso a caminar con ellos» (Lc 24,15) al ritmo de su desorientación y, «comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras» (Lc 24,27). Acompañar no es acelerar el paso del otro ni imponer nuestro programa; implica ponerse en el lugar del otro. Además, caminamos juntos para discernir, bajo la acción del Espíritu Santo, lo que el Señor nos está pidiendo hoy a la Fundación, a cada centro y a cada uno de nosotros en particular, de cara a la Asamblea Diocesana.

Profesorado-PAS

- * Asumir el acompañamiento pastoral y académico como presencia encarnada, especialmente, con aquellos alumnos que retroceden, se cierran o caminan heridos.
- * Integrar en las programaciones de aula el diálogo fe-cultura, de modo que cada materia quede también iluminada a la luz de la Sagrada Escritura.
- * Formarse en Doctrina Social de la Iglesia y en el magisterio de la Iglesia sobre educación para no formar solo en competencias, sino de manera integral.
- * Establecer proyectos interdisciplinares y entre etapas que ayuden a reforzar los lazos entre nosotros caminando juntos.
- * Ofrecer tutorías que no se reduzcan a lo académico: un espacio donde el alumno pueda ser acompañado en su búsqueda de sentido.
- * Presentar la Esperanza cristiana como camino que ayuda a crecer en el compromiso con uno mismo y con los demás, entendiendo que el sacrificio y el esfuerzo son el camino para una verdadera libertad y felicidad plenas.
- * Participar en las actividades que se propongan desde el Equipo Sinodal Diocesano para este segundo trimestre como camino de preparación para la Asamblea Diocesana.

- * Discernir, en equipo, qué gestos concretos de Esperanza puede aportar cada centro y cada uno de nosotros a la preparación de la Asamblea Diocesana.

* ...

Alumnos

- * Experimentar el acompañamiento, sabiendo que hay un adulto que camina a su lado, no solo para evaluarlo, sino, sobre todo, para guiarlo y orientarlo en cuanto necesite.
- * Conocer testimonios de Esperanza cristiana: santos, don Manuel Siurot, san Manuel González, jóvenes de la Diócesis, voluntariado, etc.
- * Descubrir en la Palabra de Dios una guía que nos orienta por el camino de una existencia plena y feliz.
- * Realizar proyectos de colaboración entre etapas y con otras realidades eclesiales.
- * Discernir, a la luz del Espíritu, el papel que están llamados a tener en la Iglesia diocesana, de cara a exponerlo en la Asamblea Diocesana.

* ...

Familias

- * Caminar con el centro, no delegando la educación de la fe, sino integrándose en su ritmo: celebraciones, tutorías, propuestas de Cuaresma, etc.
- * Participar en escuelas de padres o encuentros formativos sobre Esperanza, el sentido del sufrimiento, el valor del sacrificio y la vocación familiar.
- * Colaborar en el acompañamiento de las familias más vulnerables del centro.
- * Discernir, con vistas a la Asamblea Diocesana, las llamadas que Dios les dirige para que la familia sea signo de esperanza en el mundo.

* ...

Tercer objetivo: Servir, celebrar y proponer: partir y compartir el pan, comprometerse y anunciar que la Vida ha vencido

El camino culmina cuando Jesús toma el pan, lo bendice, lo parte y se lo da a los discípulos (Cf. Lc 24,30). Se les abren los ojos y, de noche, regresan a Jerusalén a anunciar que el Señor ha resucitado. La Esperanza cristiana no se queda en el corazón caliente, sino que se hace Eucaristía, servicio y propuesta. En este trimestre, terminaremos de preparar nuestra contribución a la Asamblea Diocesana, no como un mero catálogo de quejas ni de éxitos, sino, más bien, como una propuesta nacida de tras haber escuchado, evaluado y discernido.

Profesorado-PAS

- * Hacer de la Eucaristía —especialmente en las celebraciones de Pascua, titulares y fin de curso— el centro real de la vida del colegio y no un mero apéndice.
- * Animar a alumnos y familias a un anuncio explícito, sin complejos: «si alguno dijere al niño que no se le deba hablar de Jesucristo...», recordaba Siurot.
- * Promover gestos públicos de Esperanza: presencia en la vida social, defensa de la vida, de la familia y de la escuela católica, cuidado de los más pobres, etc.
- * Celebrar los dones de cada uno, evitando rivalidades, reconociendo que «hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu» (1 Co 12)
- * Participar en las actividades que se propongan desde el Equipo Sinodal Diocesano para este tercer trimestre como camino de preparación para la Asamblea Diocesana.
- * Elaborar, como claustro y miembros del PAS de la Fundación una síntesis de propuestas para la Asamblea Diocesana, donde expresemos lo qué hemos escuchado, discernido y que nos atrevemos a proponer.
- * Participar en la Asamblea Diocesana.
- * ...

Alumnos

- * Vivir el tiempo pascual como fiesta de la Esperanza, que nos impulsa a ser fieles en la entrega de cada día.
- * Descubrir que servir no es perder libertad, sino la forma cristiana de ser libres.
- * Comprometerse en un servicio concreto: apadrinamiento entre etapas, campaña solidaria, voluntariado, misión digital con criterio cristiano, etc.
- * Ser testigos, dando razón, con mansedumbre y respeto, de nuestra Esperanza (Cf. 1 Pe 3,15), en redes sociales, en el patio, con los amigos, etc.
- * Participar en la elaboración de la propuesta que el centro eleve a la Asamblea Diocesana.
- * Participar en la Asamblea Diocesana.
- * ...

Familias

- * Celebrar con el centro la fe: Eucaristías, mes de María, Sagrado Corazón, celebraciones de las graduaciones, etc.
- * Comprometerse en alguna acción misionera o solidaria de la Fundación o de la Diócesis.
- * Impulsar la presencia de las familias en los órganos que defienden la escuela católica y el derecho a educar según el ideario cristiano.
- * Ser "mapas de esperanza" en la sociedad mediante el testimonio de familias y matrimonios que permanecen unidos, acogen la vida, cuidan de sus mayores y rechazan la cultura del descarte.
- * Participar en la elaboración de la propuesta que el centro eleve a la Asamblea Diocesana.
- * Participar en la Asamblea Diocesana.
- * ...



FUNDACIÓN DIOCESANA DE ENSEÑANZA
MANUEL SIUROT